

**Todo en este Mundo
tiene su Espíritu**

Es absolutamente necesario que el hombre mida a cada momento la responsabilidad de sus actos. Y más, mucho más, en aquellos casos que, con evidente sentido negativo, se malversa la fe que otros ponen en empresas en las que los tales, incapaces de realizarlas, nada entienden, y, por añadidura, disuelven sin compasión ni rubor gracias a la triste y socarrona inventiva del plumazo.

La enciclopedia jurídica está repleta de leyes que, en unos casos mal entendidas y en otros peor aplicadas, pueden ser causa de los mayores desastres. Todas las leyes, por su misma condición y naturaleza, aspiran a ser justas. Pero de poco nos sirve a veces su virtud, si uno cae en la tentación de convertirlas en pecado.

Para nadie es secreto que desde el parapeto de la burocracia es fácil congelar cualquier iniciativa. Existe siempre una disposición a propósito que, y aunque promulgada para otras más laudables intenciones, sirve al funcionario para dar carpetazo a cualquier asunto que él no entienda ni comprenda.

Almas grandes son las que saben tomar y sentir como propias todas las ambiciones que sienten los pueblos en los que dichas almas nacen o a dichas almas reciben. En nuestro caso, los guixolenses por serlo, y también los que en la ciudad se hallan en ejercicio de cualquier prerrogativa, deben de saber identificarse con los problemas y quererlos que nos afectan dentro de la más perfecta y completa comunión de voluntades. Porque nunca nadie puede actuar, escudado en la mala política que a veces dicta la

El Imperio de la Voz

Los que tenemos que utilizar la voz en público a menudo— conferenciantes, locutores, actores, profesores de lenguas, traperos, etc.— sabemos la importancia que la voz adquiere en determinados momentos como vehículo de enlace entre unos espíritus y otros. Desde luego, la radio, con su poder de difusión, con su ilusión invisible, ha creado el mito de la voz, al que he de referirme sólo de paso. A lo que iba, empero. La voz es algo sagrado, cuyo valor sólo se advierte plenamente cuando se pierde, o cuando el gozo que de ella nos corresponde es manco o imperfecto. Es algo multiforme, lo más multiforme que el hombre tiene, después del espíritu, y lo que mejor puede dar idea del moldeamiento plural de aquél.

esperanza y en otras la fatalidad —seguridades en suma— que de un día u otro, más tarde o más temprano ha de llegarnos o llegarles el relevo.

Nosotros y ellos nos iremos, pero la ciudad sigue y seguirá quedando. Según haya sido el comportamiento, ustedes dirán que, tanto los ineptos como los mal intencionados, a poco todo el mundo les olvida. He ahí precisamente lo que ser no debiera. El olvido es poca cosa y el escarmiento imposible.

Obras hay que siguen todavía paralizadas en detrimento de nuestra dignidad ciudadana y en menoscabo de nuestro auge y prestigio. Y algunas, total porque un buen día, a cualquier cabo de varas se le ha subido el reglamento a la cabeza.

De el mismo modo que a un benetactor se le dedica una calle en homenaje a su memoria o le labramos su nombre en la fachada del establecimiento que a sus expensas construyó para el bien público, lo mismo, sólo que en demérito, cabría otorgar a todos los malos intérpretes que modifican la substancia y espíritu de las ordenanzas.

Aunque la ley debe ser una y siempre para todos, motivos hay en ciertos casos que justifican una excepción, sopena de que en estos pocos casos la ley no se convierta en privación de ese mismo bien o logro público al que todas las leyes intentan servir y a todos deben estar sujetas.

Proponemos, por tanto, que al funcionario que no comprenda estas básicas verdades se le cambie el nombre por otro más real y verdadero, como lo sería, por ejemplo, llamándole funerario.

Colaboré el pasado año con un eminente profesor en la traducción y adaptación de un texto norteamericano, «The art of good speech». Aquella obra daba un estudio completo de la voz, del discurso y de los recursos de hablar en público. Leyendo la enorme cantidad de cosas acumuladas en el texto me daba cuenta de como el problema del habla ha preocupado y de cuántas sugerencias revolotean, ignotas, en cada una de nuestras expresiones orales.

A las señoritas radioescuchas poco les importará el por qué de la trascendencia de la voz, pero sin embargo, en su altar de admiración por los poseedores de voces persuasivas— locutores actores de radioteatro y de doblaje— late un desconocido homenaje a la trascendencia de La Voz, así en mayúscula, como algo que es patrimonio del Hombre, y uno de los más altos patrimonios, por cierto. Lástima que esa admiración por la voz hablada reste cultivadores al asiduo acercamiento a la voz escrita, a la palabra del texto impreso. Cada día hay más radioescuchas y menos lectores. Cada día hay más personas que pretenden hablar una lengua sin tener que estudiarla. Cada día hay más personas que oyen, y menos personas que escuchan.

El imperio de la voz está en primer plano. Desde las admiradoras de Don Jorge y de Don Federico en nuestro reducido ámbito, hasta las que se desmayan cuando Frank Sinatra cantaba, hará doce o catorce años, sus primeras melodías. O hasta los y las salvajes admiradores de Johnnie Ray, el espectacular cantante literalmente destrozado a su llegada a un aeródromo australiano, por la acogida calurosa de sus «fans», según nos informa un bien ilustrado rotativo barcelonés.

De modo que tal vez sea un inconveniente tener una voz demasiado pastosa, una voz demasiado radiofónica. Mejor tenerla débil, o timorata, o anodina. El caso es pasar inobservado, el caso es ir tirando y poner la radio de vez en cuando, para convencernos de lo que vale el prestigio de la voz, la simpatía de la voz. De todos modos, tanta admiración por una determinada voz, cuando vemos a un entusiasta pegado a un receptor escuchándola, nos hace pensar, con perdón, en aquel perrito de la marca gramofónica.